

Pornografía y Masculinidades en Tiempos de COVID-19.**Pornography and Masculinities in Times of COVID-19.**María Gabriela Córdoba¹ y Darío Ibarra- Casals²**Resumen**

En la sociedad actual, narcisista y del rendimiento, predomina la sobreexigencia, que se manifiesta en todos los campos, incluidas la sexualidad y la experiencia erótica: no importa cómo, hay que rendir al máximo. Y esto determina una "polisexualidad mercantil", que supone un ejercicio compulsivo de la sexualidad, con el mandato de disfrute extremo. En este contexto actual de pandemia por COVID-19, se realizó una investigación exploratoria acerca de las masculinidades y la pornografía, durante los meses de Julio a Octubre de 2020 a varones latinoamericanos de entre 25 y 45 años. Actualmente el encuentro con el otro resulta muy difícil, y como el material pornográfico no requiere de ningún esfuerzo y está a la mano en cualquier dispositivo con internet, esto da rienda suelta a la inercia de la repetición, que resulta muy difícil de abandonar. Presentaremos en este artículo el posicionamiento de varones frente a la pornografía en el marco del COVID-19.

Palabras claves

Masculinidades; Pornografía; Coronavirus; Masturbación.

Abstract

In today's performance and narcissistic society, over-demand prevails, manifesting itself in all fields, including sexuality and erotic experience: no matter how, you have to perform at your best. And this determines a "commercial polysexuality", which supposes a compulsive exercise of sexuality, with the mandate of extreme enjoyment. In this current context of a COVID-19 pandemic, an exploratory research on masculinities and pornography was carried out during the months of July to October 2020 to Latin American men between 25 and 45 years old. Currently the encounter with the other is very difficult, and

¹ Fac. Filosofía y Letras UNT y Centro SOMOS* NOA. Doctora en Humanidades, área Psicología (facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán), Especialista en Psicoanálisis y Género (APBA-UK) y Psicóloga (UNT). Co-directora de la carrera de posgrado "Especialización en estudios de Mujeres y de Géneros", Facultad de Filosofía y Letras, UNT. Correo de contacto: cordobamg@gmail.com

² UCES y Centro de Estudios sobre Masculinidades y Género OSC. Doctor en Psicología (UCES – Argentina). Diplomado en Antropología Social y Política (FLACSO). Especialista en Educación Sexual, en Terapia Sexual (FLASSES – Argentina/Colombia) y en Psicoterapia Psicoanalítica (AGORA – Uruguay). Egresado del Programa de Actualización de Psicoanálisis y Género (APBA – Argentina). Licenciado en Psicología (UdelaR – Uruguay). Director del Centro de Estudios sobre Masculinidades y Género OSC. Correo de contacto: ibarracasals@gmail.com

since pornographic material does not require any effort and is at hand on any device with internet, this gives free rein to the inertia of repetition, which is very difficult to abandon. We will present in this article the position of men in the face of pornography in the framework of COVID-19.

Keywords

Masculinities; Pornography; Coronavirus; Masturbation.

Introducción

Vivimos en un mundo donde lo cotidiano es la innovación, en una hiperconexión constante: los parámetros de la realidad material se alteran por la nueva temporo-espacialidad que se edifica mediante internet, y dan lugar al predominio de un orden de lo visible, de lo mirado, en una experiencia constante de información/vivencia acumulativa. Nuestra sociedad se ha convertido -como plantea Byung Chul-Han (2014)-, en una sociedad narcisista y del rendimiento, donde ya no estamos constreñidos por el deber ser, sino que estamos obligados a rendir, a "poder" mediante la autoexplotación, invirtiendo la libido en la propia subjetividad, en pos de la consecución de los propios resultados. Las ideas de libertad y desregularización, propias de la sociedad del rendimiento, desarman las prohibiciones de la sociedad disciplinaria, lo que significa no sólo el final del sujeto oprimido por las instituciones, sino también el fin de la negatividad, suprimida en este mismo acto. Ahora, en pos de ser más funcional, el sujeto se oprime a sí mismo en un exceso de positividad que se manifiesta como sobrecapacidad, sobreproducción, sobrecomunicación, hiper-atención e hiperactividad. En esta nueva realidad, donde el exceso de estímulos provoca un continuo ataque del ahora al resto del tiempo, se vuelve indispensable pensar sus efectos en términos de complejidad psíquica, pues pareciera que "...el estadio video ha reemplazado al estadio del espejo. No es un imaginario narcisista el que se desarrolla alrededor del video, es un efecto de autorreferencia desolada" (Baudrillard, 1994, p. 32). En este sentido, Han afirma que la cultura actual se apoya en un "igualar constante, en el infierno de lo igual" (2014, p.11), lo que lleva a una ausencia de alteridad, y deja al otro reducido a un simple espejo del uno, sin reconocimiento mutuo, convertido incluso en un objeto de consumo.

Frente a este panorama, ¿qué sucede con la sexualidad y la experiencia erótica, espacio por excelencia del encuentro? La sexualidad también está sometida hoy a las presiones del rendimiento: tenemos que rendir sexualmente hasta satisfacernos al máximo, no importa qué dicta el deseo propio o el ajeno, y a esto se agrega la exposición permanente y excesiva del mostrarse en las redes. Meler (2015) señala que en la actualidad asistimos a una "polisexualidad mercantil", entendida como un régimen regulatorio donde se incita el ejercicio compulsivo de la sexualidad, en una búsqueda desesperada de obtener un placer ilimitado, donde se fomenta no sólo la idea de que todo es posible, sino que el hecho de no adaptarse a ello nos coloca en un lugar abyecto. La autora considera que los sujetos caemos en un individualismo que vacía la existencia de sentido y nos enfrenta brutalmente a la finitud, por lo que el insistir en el rendimiento, en el disfrute extremo y en el desapego se convierten en mandatos a cumplir. Pero lo antes dicho termina haciéndonos caer en la decepción. Así, las elevadas expectativas llevan, en muchas ocasiones, a que la realidad advenga revestida de un aire de desencanto que decepciona.

Hoy, la lógica neoliberal confiere a toda erótica el carácter de producto disponible en el mercado, en tanto el discurso capitalista captura las fantasías sexuales y las vuelve mercancía mediante la pornografía, promoviéndola aún más en tiempos de pandemia, como un elemento indispensable para la sexualidad contemporánea, permanentemente ofrecida como bien de consumo: los productos relacionados con el sexo generan anualmente ganancias de más de diez mil millones de dólares, siendo este sector comercial el que encabeza en internet el ranking de actividades y tráfico de datos, en un crecimiento inigualable. Y lo más buscado es la pornografía, a la que definimos como material que apunta a provocar reacciones corporales y emocionales de placer sexual. Leite Jr. (2012) sostiene que la pornografía, mediante la excitación de sus consumidores, otorga a los productores enormes beneficios económicos, pues es tanta la oferta, tan bien presentada, tan atrayente, de tan fácil acceso –a un click en cualquier dispositivo con internet– que atrapa. Y si el encuentro con el otro resulta muy difícil en tiempos de pandemia, el goce que produce ver este material no requiere de ningún esfuerzo y está a la mano, lo que da rienda suelta a la inercia de la repetición, que resulta muy difícil de abandonar.

Será objeto de este trabajo presentar un avance de algunos lineamientos de la investigación exploratoria acerca de las masculinidades y la pornografía, realizada durante los meses de julio a octubre de 2020 a varones latinoamericanos de entre 25 y 45 años, con pareja mujer, en un vínculo con ella no menor a seis meses. Presentaremos en primer lugar elementos teóricos, seguido de un apartado metodológico, para presentar a continuación algunos hallazgos de la investigación y esbozar, finalmente, ciertas conclusiones preliminares.

Masculinidades en tiempos de pandemia

Si bien hoy ya estamos refiriéndonos a las masculinidades en plural, existe aún una tendencia a considerar la posición masculina hegemónica como la única existente. Se trata de un modelo que exige el cumplimiento de ciertos mandatos a los varones, tales como ser personas importantes, activas, autónomas, fuertes, potentes, racionales, proveedoras y emocionalmente controladas, y se relaciona, además, con la heterosexualidad normativizada, la hipervaloración del órgano genital masculino y la represión de deseos pasivos, por influencia de la posición de control (Burin y Meler, 2000). Cuando los hombres internalizan estos mandatos hegemónicos de virilidad, constituyen un estilo caracterológico y subjetivo compatible con la autosuficiencia, la actividad compulsiva y un posicionamiento afectivamente distante y asimétrico, que se juega en prácticas sociales que repudian la femineidad y rechazan la dependencia, valiéndose incluso de comportamientos temerarios, homofóbicos y, en ocasiones, misóginos, asumidos desde una lógica del todo o nada (Córdoba, 2020). Todo ello es naturalizado como lo propio del hombre, lo que, por un lado,

invisibiliza sus necesidades; y por otro, no permite pensar -ni cuestionar- como problemática a la masculinidad hegemónica.

Históricamente, la masculinidad se ha desplegado en el espacio público -el Ágora-, donde los varones se han desarrollado profesionalmente y han competido entre ellos por el crecimiento profesional y económico; mientras que la esfera doméstica ha sido un territorio asignado a las mujeres, un espacio privado para 'la reina del hogar'. La jerarquización del mundo público por sobre el privado, y la división del trabajo y distribución de recursos en función del género ha sido una constante que abruptamente se vio interrumpida por la situación actual de aislamiento provocada por el COVID-19, que no sólo ha limitado el tránsito por el ámbito público, sino que ha confinado a los varones al interior del hogar. Esta reclusión ha perfilado una "*vida semiprivada*", que produce en los hogares enredadas articulaciones de lo privado doméstico con la privatización de la vida pública de la mano del teletrabajo (Ibarra-Casals y Córdoba, 2020), dando lugar a ambigüedades, tensiones y disputas de intereses, con sus correlatos subjetivos de estrés y desbordes de ansiedad y de angustia, tanto de los varones como de las mujeres.

A lo antes dicho se suma el hecho de que, a partir de la pandemia por COVID-19, ha sido posible observar que el género aparece como un determinante impulsor de riesgo y de respuestas a la enfermedad, en tanto la proporción de afectados por el virus es mayor en los varones (Global Health 5050, 2020). Y esto no se asocia con la existencia de un patrón biológico diferencial, sino que hace referencia a factores comportamentales determinantes de riesgo que incrementan la letalidad y la mortalidad en los varones. En otras palabras, el Coronavirus muestra cómo la morbilidad y la mortalidad masculina se multiplican, por la combinación de la temeridad con la omisión de cuidados. Las conductas temerarias implican comportamientos imprudentes que acarrearán riesgos vitales para uno mismo y para otras personas, tales como no mantener la distancia recomendada, no utilizar tapabocas, no cumplir con las medidas sanitarias de higiene de manos y de espacios. La ausencia de autocuidado -asociada a la idea de que una actitud cuidadosa y preventiva no es masculina-, no sólo expone a los hombres, sino que también expone a personas cercanas a ellos al mismo peligro. Asimismo, la transgresión masculina y la omnipotencia culturalmente atribuida a los hombres, se combinan en un combo letal que los lleva a minimizar los riesgos y a no respetar la política sanitaria de confinamiento, con una elevada dosis de irresponsabilidad social.

Pero la situación de confinamiento o de distanciamiento ha tenido efectos también en las relaciones de afecto y en la sexualidad, pues, además del entramado usual que combina deseos, afectos, sexualidades y erotismos en los vínculos, se suma la interpenetración de una realidad desconocida e incierta, que produce encuentros y desencuentros entre los géneros. A la ansiedad que el confinamiento genera por la ausencia de libertad para "salir de casa" cuando se desea, se le agregan posibles regresiones

libidinales a fases psicosexuales de la infancia y la adolescencia, cuando la libertad de acción también era limitada, así como -según la edad de los varones-, pueden surgir asociaciones entre representaciones y afectos inconscientes de experiencias subjetivas de encierros asociados a la represión social causada por la dictadura militar en Uruguay (1973-1985) y Argentina (1976-1983). Asimismo, el distanciamiento también ha generado diversos gradientes de angustia, a causa de la prohibición tanto del contacto físico como del acercamiento entre sujetos, que en muchas ocasiones saca a la luz ansiedades de separación, que no fueron procesadas de manera adecuada.

La tramitación de la angustia en los varones tradicionalmente se ha realizado en muchos de ellos a través de la hipersexualidad, por lo que planteamos, a modo de hipótesis, que, en un intento de tramitar el exceso mediante una ligazón autoerótica, los hombres se han volcado al consumo de pornografía. En el contexto de la pandemia por COVID-19, se ha producido un incremento de un 35,7% de consumo de la misma, lo que ha dado lugar también a un aumento de la oferta, pues a la pornografía comercial se ha sumado el porno amateur. La pornografía aparece naturalizada para la mayoría de la población masculina, en tanto la asocian con la particular vivencia de su sexualidad, como veremos en el próximo apartado.

Pornografía en tiempos de internet

La pornografía no es un invento nuevo, existe desde la antigüedad, e históricamente se la ha asociado a la masculinidad, entendiéndola como un accesorio de carácter cultural directamente vinculado a estimular la sexualidad autoerótica de los hombres. Y aunque el discurso médico y psiquiátrico se encargó de vincularla al campo de lo patológico y del delito, estigmatizándola, esto no logró su desaparición, sólo la mantuvo activa en el campo de lo oculto (Figari, 2008), asociada a una placentera transgresión por parte de muchos varones, e incluso como instrumento de erotismo compartido entre ellos, como parte de la homosocialidad masculina.

La pornografía convencional se basaba en imágenes impresas o filmaciones, distribuidas por canales ilegales o por las distribuidoras de revistas, con venta en sex-shops o en comercios de diversos productos (prensa y vídeo, especialmente). La dificultad de acceso, el costo elevado del producto, a lo que se sumaba la exposición de quien la adquiría, limitaban su impacto masivo. Pero hoy, lo novedoso de la pornografía es el pasaje de lo oculto a lo visible, es el estar al alcance de todos, a cada momento y en cualquier lugar, en los dispositivos conectados a internet -hoy objetos omnipresentes en nuestra existencia-, que permiten un fácil acceso a contenidos explícitos en la web.

El porno producido en estudios de cine, con miembros hiperdimensionados, con un orgasmo femenino condicionado al poder fálico viril y una eyaculación masculina explícita, exhibida siempre fuera

del cuerpo del partenaire, responde a una lógica patriarcal que asocia estas características a la eroticidad de lo masculino. Produce entonces un estilo pornográfico centralizado en la escena copulatoria, con una mínima narrativa que hace de marco. Las escenas están enfocadas como para que se vea muy claramente la penetración, con un falocentrismo en el centro de la escena y ausencia de temporalidad: la cámara filma un contacto sexual sin pausas y extenso. Y el producto final son representaciones pornográficas pobladas de imágenes sádicas y degradantes en las que las mujeres son objetos del apetito sexual masculino, en una asociación directa entre sexualidad y violencia, lo que deriva en la idea de que pareciera que para las mujeres el sexo es esencialmente masoquista, la humillación, placentera, y el abuso físico, erótico (Rich 1985).

La nueva pornografía de internet dio lugar a que junto a esas filmaciones de estudio se ubiquen las producciones amateurs, es decir, filmaciones caseras que acercan al público a un sexo del mundo cotidiano, con cuerpos y encuentros reales, lo que se vislumbra en sus tramas narrativas un poco más elaboradas. Juegan, por ejemplo, con la tensión de que se produzca, o no, el encuentro sexual, con el plus de que puedes ser el propio protagonista del porno, lo que aumenta la carga erótica y da lugar a filmaciones con mejoras constantes en los niveles de calidad, con producción y distribución continua en prácticamente todo el mundo y centenares de miles de filmaciones constantemente ampliadas que se ofrecen al consumidor de modo gratuito. También tienen éxito los filmes porno originados a partir de cámaras ocultas, pero que deben contar con el consentimiento de los implicados, lo que se da, por ejemplo, en el sexo en fiestas públicas, o en baños públicos.

Tampoco tienen límite las prácticas sexuales que se pueden observar en esta nueva pornografía: los estilos eróticos que se muestran se han diversificado con gran rapidez, buscando un espectro de opciones que incluya todos los gustos posibles. Pueden ser simplemente escenas que incluyan masturbación, *close ups*, eyaculaciones (masculinas y femeninas), fetichismos de los más diversos, lencería y accesorios, cuero, uniformes, sadomasoquismo, *spanking* (palmadas), *bondage* (ataduras), etc. Se trata de prácticas que van desde lo más convencional hasta otras de gran riesgo, o directamente ilegales. Figari (2008) sostiene que lo pornográfico se caracteriza por una excitación producida por un estímulo principalmente visual (aunque también puede intervenir lo auditivo) frente a otro ser, seres u objetos con los cuales no hay un vínculo de intimidad, es decir, frente al cual/cuales no existe ningún tipo de responsabilidad: el placer sexual está vinculado a una satisfacción con un anónimo. Y en esta nueva pornografía de la polisexualidad mercantil, el sexo practicado también se ha diversificado respecto a los partenaires: lo hay en parejas, en grupo, con o entre jovencitas/os, señores o señoras mayores, de las más diversas etnias (asiáticas/os, negra/os, latina/os) o color de cabello (rubias/os, morochas/os, pelirrojas/os). Sexo con travestis, transexuales, sexo cis, sexo homo, sexo con gente con discapacidades, hombres o mujeres enanos/as, gordito/as u obesos/as.

Esto permite calificar a la pornografía como un objeto de consumo absoluto que se mira, se desecha o se vuelve a mirar las veces que se le antoje al consumidor.

Ahora bien, la pornografía produce enormes debates. Mientras una línea considera que la pornografía instrumentaliza al otro en su pura y egoísta búsqueda del placer, prescindiendo de la experiencia emocional y afectiva, otra línea afirma que las representaciones pornográficas no expresan el contenido concreto del deseo, sino una relación entre la excitación sexual y el reino de la fantasía, ya que la pornografía es una forma particularmente aguda de la separación entre fantasía y realidad, entre las representaciones de lo simbólico y la interacción real (Benjamin, 1995). Esto último permite dar cuenta de la singularidad erótica de cada cuerpo, que es absolutamente particular porque depende de la historia personal, de los recuerdos infantiles y de la retroalimentación constante de las fantasías a partir del encuentro con otros cuerpos o con estímulos pornográficos. Por eso nuestras preferencias, las formas en que sentimos placer, son absolutamente particulares y en esto hay que concederle un voto de libertad a cada sujeto.

Las sexualidades masculinas y la pornografía

Ibarra-Casals (2020) define sexualidad como el conjunto de identidades, orientaciones, sensaciones, pensamientos y conductas que se inscriben en el cuerpo de cada sujeto, implicando así a cada uno en una experiencia subjetiva única, que podrá ser compartida con otras personas, en una configuración relacional, única y colectiva a la vez, en un determinado momento histórico y contexto político. En tanto el sujeto tiene la posibilidad de sentir y comportarse de manera diversa, según la etapa de vida en la que se encuentre y las circunstancias por las que haya transitado, empleamos el término en plural: "sexualidades", que hace referencia a la diversidad de formas identitarias, expresiones, orientaciones sexuales y arreglos vinculares afectivo-sexuales, que se ponen en juego en la intra y la intersubjetividad.

El dispositivo moderno de control de la sexualidad estableció, en un posicionamiento heteronormado, fronteras y recorridos de actuación para las prácticas amatorias y eróticas, con restricciones 'de con quién' y 'de cómo'. Así, se instauraron lógicas referidas a la sexualidad con mandatos y prohibiciones sobre lo esperado subjetiva, vincular y socialmente para lo masculino y lo femenino: **macho** ~~Macho~~ y hembra, hombre y mujer, activo y pasiva, penetrar y ser penetrada. De este modo, el comportamiento erótico esperado por parte de un varón que se precie de tal debe ser heterosexual, dirigido sólo a las mujeres, donde lo masculino estaría rigurosamente vinculado al "*poseer, tomar, penetrar y dominar*" (Badinter, 1993, p. 123).

La sexualidad masculina hegemónica se caracteriza, según Meler (2000), por la heterosexualidad obligatoria, como imposición social heteronormativa para todos los sujetos que se identifiquen como varones; la jactancia frente a sus pares y las mujeres acerca de su potencia sexual; la matriz homoerótica, observable en conductas y actitudes que reproducen algunos varones con el fin de sostener y elevar su autoestima -en una *"autoinvestidura de la imagen del sí mismo"* (p. 153)-; la obsesión por el desempeño y la performance sexual; el exceso de amor por el propio pene, fomentado desde la socialización genérica viril que sobrevalora lo fálico; y la tendencia a percibir a las mujeres como objetos sexuales, utilizables con fines narcisistas, lo que se promueve como tendencia también en la pornografía.

Adherimos a la idea de que lo que la experiencia pornográfica muestra "en términos de contenidos, emociones y respuesta emocional, queda integrado en el campo de nuestra experiencia, contribuyendo a moldear la personalidad, a configurar el comportamiento, a definir los valores y a determinar las actitudes de la persona" (Barry 1987, p. 233). En este sentido, la asociación entre placer sexual y posición dominante que la pornografía muestra, -mistificada en el colectivo social-, da lugar a una tendencia al sadismo y al dominio, que sostiene prácticas comúnmente aceptadas y naturalizadas, e incluso, los varones pueden experimentar la penetración como una territorialización del cuerpo de las mujeres (Ibarra-Casals, 2020). El varón, entonces, vivencia su sexualidad apoyándose en imperativos sociales que lo caracterizan como hipersexual, pero estereotipado en sus conductas sexuales y posiciones coitales, por el miedo de no poder cumplir con lo exigido por la hegemonía masculina colectiva, que erige la virilidad en la representación social y subjetiva de la erotización del pene como zona erógena primaria, secundaria y terciaria (Flores, 2000); lo que se manifiesta en los hombres como una obsesión por la penetración. Y aunque existen cambios sociales que subjetivan a las nuevas generaciones con modelos alternativos para constituir otros ideales yoicos, con mayor plasticidad para desplegar creatividad y menores exigencias en cuanto al esfuerzo para demostrar -a sí mismos y a los demás- hegemonía viril, sigue predominando en el imaginario social la idea del varón con una potencia sexual vigorosa, por lo que el alejarse de ello amenaza a los hombres, pues les genera temor por una posible descalificación social, incluso en aquellos que han podido renunciar a la representación cultural del hombre hiper-potente.

Por ello, podemos afirmar que la vivencia subjetiva sexual masculina se encuentra tan exigida por el modelo de masculinidad hegemónica, que los varones tienden a organizar jerárquicamente sus deseos, sus discursos y sus prácticas en función de los mandatos sociales viriles, basados en la lógica coitocéntrica, heteronormada y falocéntrica. Por esta razón, los varones que sienten deseos sexuales hacia otros sujetos (homosexual o transexual) abyectos por la heteronorma, o desean tener otras actividades sexuales más allá del coito (masturbación, erotismo anal u oral), reprimen y/o inhiben esos deseos, porque su necesidad de ser reconocido como un sujeto viril tiene mayor peso subjetivo en ellos. Así, terminan transitando por la vía

estipulada de la masculinidad hegemónica, por lo menos, en lo atinente en sus discursos. Estos deseos no heteronormados (hacia otros varones, personas trans, etc.) se mantienen en la órbita de lo íntimo y singular, y los hombres los ponen en juego, por ejemplo, en la elección del material pornográfico que escogen para su autoerotismo, porque, de acuerdo a los modos de subjetivación sexual posmoderna, lo diferente es equiparado a lo inferior, lo peligroso y lo enfermo, lo que los lleva a ocultarlo. Ahora bien, el autoerotismo en los varones, mediado por el consumo de pornografía, condice con el "placer de órgano" (Freud, 1905), y se caracteriza por ser un comportamiento sexual en el que el sujeto obtiene satisfacción recurriendo únicamente a su propio cuerpo, sin objeto exterior. Freud lo asocia con un comportamiento sexual infantil precoz, mediante el cual una pulsión parcial, ligada al funcionamiento de un órgano o a la excitación de una zona erógena, encuentra su satisfacción sin recurrir a un objeto exterior y sin referencia a una imagen unificada del cuerpo, donde la autosatisfacción aparece en pos de apaciguar la excitación que nace y se satisface en el mismo lugar (Laplanche y Pontalis, 1968). Las pulsiones parciales funcionan al principio independientemente: cada pulsión parcial, de por sí, busca su satisfacción placentera en el propio cuerpo, pero, en el curso del desarrollo se agrupan y se organizan bajo la primacía de la genitalidad.

Estos procesos sexuales de las pulsiones se enmarcan en lo que Masters & Johnson (1966) conceptualizaron como la "respuesta sexual humana", es decir, como el conjunto de cambios físicos y hormonales que experimentan las personas ante estímulos sexuales apropiados para cada uno, y la dividen en cuatro fases: excitación, meseta, orgasmo y resolución. La excitación puede entenderse como el aumento de la tensión sexual cuando los estímulos eróticos se incrementan, lo que va a dar lugar a cambios fisiológicos visibles, caracterizados por la vasocongestión de los genitales, tanto en los varones (erección peneana) como en las mujeres (erección de los pezones y lubricación vaginal). Años más tarde, Helen Kaplan (1975) aportó la descripción de una etapa previa a la excitación, a la cual llamó deseo sexual, entendiendo por tal al estímulo sexual psíquico, conformado por pensamientos e ideas, inducidas por percepciones sensoriales como la visión y el contacto, así como también a partir de la fantasía y la imaginación. El psicoanálisis muestra que la pulsión sexual se halla íntimamente ligada a un juego de representaciones o fantasías que la especifican, lo que permite definir la pulsión como un concepto límite entre lo psíquico y lo somático, y que la liga a la noción de «representante», como una especie de delegación enviada por lo somático al psiquismo.

Ahora bien, lo pornográfico ha logrado capturar escenarios en los que se pone en juego un menú de objetos parciales por elegir, donde 'se sirven en bandeja' las más variadas fantasías sexuales, y con ello los sujetos se ahorran el esfuerzo de construirse las propias, obstruyendo así la vía de la invención. La pulsión de ver es convocada aquí en toda su potencia cuando los sujetos consumen pornografía, en una erotización de la función sensorial de la visión, donde "...el ver cobra una cierta autonomía respecto a las

necesidades y por oposición, una pulsión vital constituye su propia meta, independiente de las restantes" (Maldavsky, 1991, p. 29). La mirada sustituye al acto, en un voyeurismo donde todo es mostrado, y que atenta contra la posibilidad de la creación de la fantasía, que siempre tuvo la función de elaborar angustias y de llenar carencias (Freud, 1892). En este sentido, los varones tienden a ver más pornografía, porque se autosatisfacen "mirando sexo", es decir, contenidos repletos de actividades sexuales sin afecto, por lo que la pornografía resulta un elemento de fácil alcance para el autoerotismo, al que los varones apelan porque les resulta más sencillo acceder a la pornografía que valerse de la creatividad, la imaginación –sus propias fantasías sexuales-, o el recuerdo -de experiencias sexuales ya vividas- para crear estímulos singulares, en una supuesta economía de esfuerzo que los coloca en una posición voyeurista y en un lugar donde disocian el amor/afecto del erotismo y el acto sexual.

La sexualidad, entonces, convertida en mercancía, se ofrece mediante la pornografía a la mirada del espectador, voyeurista de como mantienen sexo otros, lo que es empleado en pos de excitarse y en ocasiones autosatisfacerse, en un circuito que se renueva, avalado por un sistema que reitera el empleo de la imagería fálica -que rinde culto a la exhibición de la erección-, y de las relaciones de dominación-subordinación en la pornografía destinada a varones. La pornografía resulta un dispositivo muy útil en la difusión de la ideología sexista, donde hay ausencia de simetría vincular y de afecto íntimo, que da lugar a que las mujeres sean convertidas en mercancías sexuales, mientras que los varones sean cosificados como "agresores todopoderosos" (Barry, 1987, p. 238), reforzando de este modo la masculinidad más hegemoníicamente patriarcal, enmarcada en la lógica heterosexual.

Sobre la investigación

Frente a todo el panorama enunciado, surgió como problema de investigación la conexión entre masculinidades, pornografía y COVID, con el propósito de conocer, para luego enunciar, el papel que juega el porno en la vida de los varones, y luego relacionarlo con lo temporal: el contexto de encierro y de confinamiento, y el fácil acceso a la nueva pornografía disponible en cualquier dispositivo con acceso a internet. Como la vinculación de las variables en este fenómeno no se conoce, decidimos realizar una investigación cualitativa, que refiere "a caracteres, atributos o propiedades no cuantificables, que permiten describir, comprender y explicar mejor los fenómenos, acontecimientos y acciones del grupo social o del ser humano" (Mejía, 2014, p. 86).

En tanto el fenómeno socio-cultural en estudio supone comprender la conexión entre pornografía y su empleo en varones en pareja con mujeres en el marco de la pandemia por COVID, el diseño de investigación es exploratorio, en pos de obtener tendencias e identificar relaciones potenciales entre

variables y tener mayor precisión en la posterior descripción del fenómeno en estudio, sin mayor énfasis a la medición, pues su propósito final es comprender e interpretar la realidad, sin apuntar a la verificación, la contrastación o falsación popperiana (Mejía, 2014). Todo ello a fin de que el conocimiento de cuenta de los aspectos y dimensiones involucrados en el consumo de pornografía por parte de los hombres.

La unidad de análisis se definió como varones de diversos niveles educativos, que residen en Latinoamérica y el Caribe, de entre 25 y 50 años de edad, en una relación de pareja con mujeres no menor a seis meses. Se realizó intencionalmente un muestreo de diversidad, a fin de cubrir todas las variedades relevantes que existan del fenómeno, lo que supuso su saturación. Se elaboró como instrumento de recolección de datos una encuesta cualitativa, la cual permitiría una descripción multidimensional y un posterior análisis explicativo. La encuesta cualitativa no tiene en cuenta el número de personas con las mismas características (el valor de la variable) sino que establece la variación significativa, es decir, las dimensiones y valores relevantes, dentro de esa población (Jansen, 2012). El instrumento elaborado proporciona preguntas cerradas que especifican de antemano respuestas alternativas y mutuamente excluyentes (edad, sexo, situación de pareja, país de residencia), que funcionan con un criterio de exclusión, a fin de que sólo los sujetos que cumplen con las características de la muestra puedan continuar respondiendo. Para la segunda parte, se armó una sección pre-estructurada con dimensiones y categorías principales definidas de antemano. Las preguntas apuntaron a explorar el tipo de producciones que los hombres consumen; la frecuencia en que son vistas, si se valen de consumo de pornografía paga, gratuita o ambas; si es un consumo solitario por parte del varón o se realiza en pareja o en grupo; y el tipo de prácticas sexuales que el hombre escoge ver; todo ello con el objetivo de observar y describir cuáles de las características predefinidas existen empíricamente en la población bajo estudio. Al final, se incluyeron afirmaciones en formato escala tipo Likert, que pretenden pesquisar la percepción y el grado de acuerdo o desacuerdo que el participante tiene acerca de las representaciones imaginarias que los varones construyen alrededor de la pornografía y de su peso en las relaciones de pareja. El cuestionario, autoadministrado y anónimo, se realizó de manera online, por las ventajas de acceso a personas que viven a grandes distancias y por la facilidad para responder cuando el encuestado tenga un momento oportuno, sobre todo en un contexto de confinamiento por la pandemia.

Algunos hallazgos

Si bien 1100 personas respondieron la encuesta, sólo cumplieron con los criterios de la muestra 424 varones. Respecto de los resultados obtenidos, se presenta un recorte de los mismos. Siete de cada diez hombres latinoamericanos que participaron de la investigación ya conviven con su pareja, y el 99%

sostiene consumir o haber consumido pornografía. Respecto a la edad en la que afirman haber comenzado con el consumo, un 57% tuvo contacto con lo porno entre los 13-16 años, y un 13% antes de los doce años, lo que significa que 7 de cada 10 hombres ven pornografía desde edades muy tempranas. Diversas investigaciones (Tokunaga y Kraus, 2015; Wright, 2016) señalan que la exposición a material pornográfico en varones a edades tempranas es causa y consecuencia de la creencia de que la mujer es un objeto sexual, lo que no sólo distorsiona la realidad de lo que es el sexo, sino que, en hombres con tendencia a la violencia sexual, ésta se ve claramente aumentada.

La pornografía es objeto de consumo en solitario en 9 de cada 10 casos, incluso, un porcentaje de ellos oculta el hecho de ver porno a su pareja (22%), lo que permitiría inferir que consideran a la actividad como del orden de lo ilícito. Esto señala el individualismo y la exhibición permanente como factores que contribuyen a la mercantilización sexual, fomentada por el sistema neoliberal, que aleja a los sujetos del intercambio vincular y los posiciona como voyeuristas de objetos sexuales, pero manteniendo esta actividad sin verbalizarla explícitamente.

El 95% de los varones de la muestra consumen pornografía gratuita, mientras el 5% restante consume tanto gratuita como paga. Los hombres, cuando deben dar cuenta de los tipos de pornografía consumida, el 52% elige sexo amateur, y el 33% elige porno profesional, mientras que el 15% de los restantes escoge ver los dos tipos. El hecho de la elección de porno amateur muestra que el objeto de deseo hoy son personas comunes, estándares, alejándose de la hiper-realidad que ha caracterizado al porno producido por la industria, lo que permitiría sostener que la nueva pornografía se está desprofesionalizando.

Cuando se solicita a los varones que asocien espontáneamente tres palabras al término pornografía, se observa la asociación directa en la mayoría de ellos con *sexo*, *placer*, *desnudez* y *masturbación*, lo que abona la hipótesis de su empleo para el autoerotismo masculino. Sin embargo, es posible distinguir al menos tres grupos de hombres: algunos asocian el término sólo con zonas erógenas parciales (*vagina*, *pene*, *senos*, *ano*); otros, dan cuenta de pornografía asociada a *alivio*, *descarga*, *diversión*, *desahogo*, *libertad*; mientras que un grupo no menor de varones hablan de *culpa*, de *lo oculto*, del *morbo*, de la *explotación*, el *dominio* y la *distorsión de la realidad*.

Los varones de la muestra también sostienen que han incrementado la frecuencia del consumo durante la pandemia, pero no logran explicar el motivo de ese aumento. Así, un 9% de los hombres afirman ver todos los días, 10% cada diez días, 40% ocasionalmente en el mes, y 41% varios días a la semana. Esto significa que la pornografía es relevante entre los hombres, en todas las edades, y parecería que su consumo no sólo es naturalizado en los varones, sino que es empleado para 'modelar' su virilidad, es decir, para incrementar la voracidad masculina por el mirar, y para otorgar un libreto a los varones que les dé

ciertas pautas para los comportamientos eróticos con las mujeres. Asimismo, creemos que la situación de angustia e incertidumbre que el confinamiento produce, se ha tramitado en los varones mediante el autoerotismo, valiéndose para ello del consumo de la pornografía, en un intento de ligazón del exceso.

Cuando se solicitó a los participantes de la investigación -en pareja con mujeres- que escogiesen hasta tres tipos de personajes sexuales que eligen ver en la pornografía, los cuatro más elegidos fueron: varones con mujeres (91%), mujeres con mujeres (44%) y varones con más de una mujer (40%). Esto responde a un modelo viril de tipo hegemónico y heteronormado. Las fantasías homosexuales aparecen en la elección de varones con varones (11%) y en varones con mujeres trans (8%), en un menor porcentaje, tal como se presenta en la tabla I.

Tabla I

Personajes Sexuales que Prefieren	Porcentaje
Varones con Mujeres	91%
Mujeres con Mujeres	44%
Varones con más de una Mujer	40%
Varones en orgías con Mujeres y Varones	26%
Varones con Varones	11%
Varones con Mujeres Trans	11%
Varones pagando por Sexo a Mujeres	8%
Varones en orgías gays	5%
Varones con adolescentes	5%
Varones solos	4%
Otros NO significativos	3%

Respecto a la elección de prácticas que muestra la pornografía (Tabla II), los hombres escogen ver, en primer lugar, coito vaginal con pene o juguetes (87%), seguido de fellatio (59%), luego, sexo anal con pene o juguetes (56%), y sexo oral hacia la mujer (52%), seguido a bastante distancia por exhibicionismo en espacios públicos (21%), voyeurismo (17%), fetichismo (11%) y sadomasoquismo (9%).

Tabla II

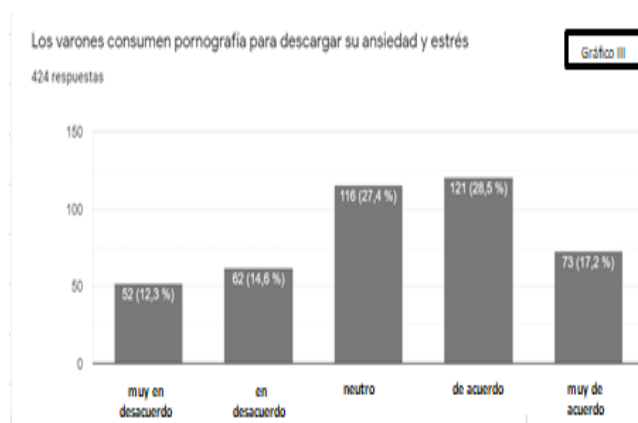
Tipo de Actividades Sexuales	Porcentaje
Coito vaginal	87%
Fellatio	59%
Coito anal	56%
Cunnilingus	52%

Exhibicionismo en espacios públicos	21%
Voyeurismo	17%
Fetichismo	11%
Sadomasoquismo	9%
Froteurismo	7%
Otros NO significativos	4%

Las primeras tres actividades elegidas por los varones implican el uso del pene como zona erógena primaria, y se sostienen como prácticas donde el varón tiene un lugar de dominio asociado al placer. A modo de hipótesis, y sin descuidar el placer de órgano que se desprende del uso del pene, podemos pensar que se trata de una conducta de territorialización del cuerpo femenino (Ibarra-Casals, 2020), es decir, la invasión o el ingreso al cuerpo de un otro, a través del órgano viril fálico, investido socialmente de poder. Resulta importante destacar que, significativamente, un 20% de los varones de la muestra eligen el par voyeurismo-exhibicionismo: les excita mostrarse y también erotizan el ver.

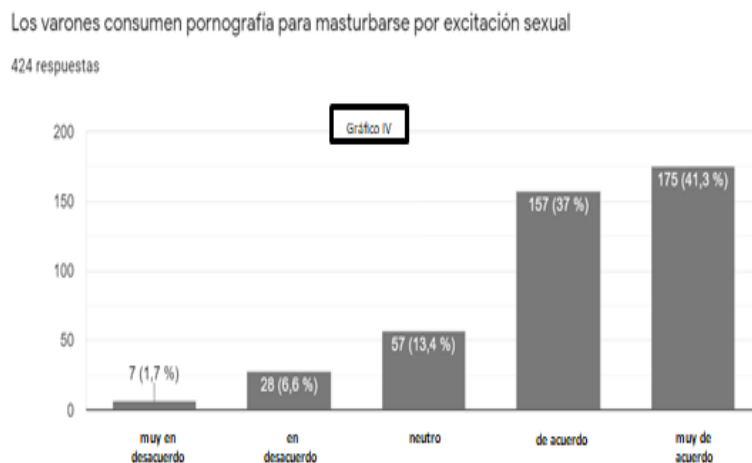
Barzani afirma que las actividades sexuales que exponen y difunden las producciones pornográficas son "contenidos, pensados por y para varones heterosexuales, y responden a una lógica de erotismo masculino, reproduciendo valores de género tradicionales" (2014, p. 36). Esto significa que la hipervirilidad, la sumisión y cosificación femenina, el falocentrismo y la performance masculina son reproducidos y reforzados en estas producciones, retroalimentando el sistema de valores sexo/genéricos de los varones que las consumen. La pornografía es una manera de demostrar la hipervaloración fálica, como contracara de los deseos pasivos, que ellos nunca manifiestan (pues deben ser reprimidos), y por eso se concentran en ser voyeuristas de escenas sexuales mediadas por internet.

Cuando se les pregunta a los participantes acerca de su grado de acuerdo con la idea de que los varones ven porno para descargar su ansiedad y estrés (ver Gráfico III), el 46% de los hombres está muy de acuerdo y de acuerdo con ello, 30% en desacuerdo y muy en desacuerdo, y 24% escoge una posición neutra. Esto mostraría que la pornografía es utilizada mayoritariamente con este fin, para dar paso a la masturbación, autoerotismo de descarga por excelencia.



Si se conecta la idea de ver porno como un modo de combatir el aburrimiento, 57% están de acuerdo o muy de acuerdo con esta idea. En cambio, cuando se intenta asociar el ver pornografía cuando hay enojo en el varón, la mayoría está en desacuerdo o muy en desacuerdo con esta idea. Esto muestra cómo el aburrimiento y la ansiedad se asocian con el porno, que actuaría con una especie de función calmante y de instrumento anti-estrés, con todas las fantasías al servicio de un click, lo que facilita esa selección sin ningún costo psíquico.

Cuando se pregunta a los encuestados para qué consumen porno los hombres, 7 de cada 10 están de acuerdo o muy de acuerdo con que lo hacen para masturbarse por excitación sexual (Gráfico IV). En cambio, ante el interrogante de si lo hacen para aumentar las fantasías sexuales con la pareja, las opciones se diversifican: mientras 32% de los hombres están en desacuerdo o muy en desacuerdo con esta frase, un 39% están de acuerdo o muy de acuerdo de que esa es su finalidad, y un 29% escoge un posicionamiento neutro al respecto. Esto nos permitiría inferir que la pornografía se emplea asociada a la masturbación, que aparece como un reducto de placer privado y exclusivo para los varones, y no tanto en pos de mejorar o variar la vida sexual de la pareja.



Por lo tanto, podemos afirmar que el porno impone gustos a los varones e impide un despliegue más consciente de su propia sexualidad. Además, el acostumbamiento a porno desde temprana edad, produce luego demanda de estímulos más intensos. Esto último explicaría que lo más buscado en sitios de pornografía sean las violaciones en grupo y los abusos sexuales de distinto tipo, lo que normativizaría prácticas de dominio y de violencia asociadas a la sexualidad. En otras palabras, lo que sucede en el porno es vendido como una realidad, entonces, se amalgama sexo con violencia y con placer, en una unidad de

difícil disolución, que puede llevar a insensibilizar a los varones y a dificultar que capten señales de ejercicio de violencia y de vejación.

A modo de conclusión

Uno de los problemas que genera el material pornográfico audiovisual, es que constituye esquemas regulatorios en el terreno de la sexualidad, que tienden al disciplinamiento de los cuerpos, al universalizar una posición hegemónica frente a otras tantas posibles y a legitimar determinadas prácticas relativas a la sexualidad (Osborne y Guasch, 2003).

La pornografía genera una suerte de identificación masivizante donde el varón, en una fascinación empática, se identifica con lo que acontece en el video. Esto se asocia con lo que Freud (1921) describió como 'identificación histérica', caracterizada por la inexistencia de relaciones objetales entre los sujetos intervinientes, identificados, aunque de modo lábil y superficial pero intenso, con el actor, que ~~es~~ aparece como representante de lo esperado virilmente en lo atinente a la sexualidad.

Si nos posicionamos a nivel intrapsíquico, podemos afirmar que la atención es atraída rápidamente cuando aparece un objeto sexualmente atractivo, re-sexualizando a la catexia-atención, como modo de mantener al yo siempre atrapado (Sahovaler, 1996). En otras palabras, a causa de la oferta desmedida de sexo, se produce una re-sexualización del pensamiento, donde el sujeto se convierte en un mero receptor de estímulos con muy poca capacidad de pensamiento reflexivo. Es un aparato perceptivo hiper-estimulado por un aumento del espectro de registro sensorial y una conciencia adormecida, incapaz de utilizar los preceptos para crear representaciones útiles para el psiquismo, e incapaz de hacer consciente los contenidos inconscientes que aparecen proyectivamente en los perceptos alucinados. Se perciben estímulos, pero sin fantasía acompañante, sin profundidad, sin memoria, en una percepción sin conciencia. Los varones, entonces, no emplean su imaginación para gestar ideas erotizantes, en lo que pareciera una concreción del pensamiento.

La permanente oferta sexual, la re-sexualización de la función de atención y la presencia de más y más videos, con contenidos supuestamente novedosos -pero siempre repetitivos-, pueden pensarse como un reemplazo reconstitutivo ante el desvalimiento pulsional, que se expresa como abulia, aburrimiento y desinterés (manifestaciones de la pulsión de muerte); donde la pornografía llena la carencia de ser, como una especie de prótesis o de relleno que taponar la angustia.

Aunque la pornografía consumida por los varones de la muestra es mayoritariamente amateur, no deja de ser clara la sobreestimulación, avalada por la hipersexualidad masculina social, que lleva a los

varones a la erotización de la función sensorial de la visión, lo que constituye una actividad que da cuenta de un movimiento regresivo que pasiviza.

Las pulsiones parciales y la presencia de orificios corporales intercambiables, dan cuenta de una disociación en los varones, pues mientras con la pareja hacen el amor, mediante el porno disfrutan del sexo más explícito, separado del afecto. Y esto se debe al hecho de que la pornografía reúne y establece relaciones entre espacio, sexualidad, placer y tecnología que alteran "las convenciones sexuales o de género, produciendo la subjetividad sexual como un derivado de sus operaciones espaciales" (Preciado, 2010, p. 120). Resulta así como un dispositivo indispensable para la política sexual patriarcal neoliberal, que refuerza la masculinidad hegemónica, por una parte, mientras que silencia la sexualidad de las mujeres, por otra.

Lo antes dicho gesta un modelo de masculinidad que avala la soltería, la experimentación sexual alternativa, pero que aún no escapa de los preceptos del discurso heteronormativo de la diferencia sexual. Así, podemos decir que la pornografía es el nuevo prostíbulo de la posmodernidad, donde las mujeres son objetos de consumo audiovisual, objetos de intercambio del orden viril y heterosexual, en una reinención del contrato sexual de Wittig, que se apoya en una distribución inequitativa de libertades, prácticas y derechos, reinventando el viejo dispositivo (bio)político de producción de diferencias e inequidades sexo-genéricas, con objetos femeninos a la mano del consumo de los varones libres.

Los lineamientos pedagógicos en torno a la educación sexual deberían considerar críticamente la pornografía estándar, pues el porno mal educa a los varones en lo atinente a la sexualidad: *'esto es lo que te debe gustar, esto es lo que debes hacer'*, en una especie de guión preestablecido que lleva a programar y a ajustar la performance a ello, olvidándose de lo espontáneo, lo exploratorio y lo creativo. Si no se problematiza la pornografía, la sexualidad hegemónica, los marcos de desigualdad entre los géneros, la discriminación a otras expresiones sexuales y los cánones estético/corporales hegemónicos, continuaremos produciendo y reproduciendo, solapadamente frente al monitor de una computadora, tablet o celular, una masculinidad sexista.

Lejos de moralizar el consumo de pornografía, nos interesa generar *insight* en los varones que la consumen para que puedan ser más conscientes de porqué lo hacen, para qué lo hacen, con qué frecuencia desean hacerlo, y cuáles son los beneficios y los perjuicios de quienes lo practican. Esto apunta a que el varón busque una coherencia entre el deseo, el discurso y los comportamientos, para así mantener una masculinidad cohesiva que les permita tramitar una sexualidad basada en el placer, el autocuidado, la conexión emocional y el cuidado hacia los demás, descubriendo transacciones singulares entre los imperativos sociales, sus representaciones subjetivas y los propios recursos psíquicos, que le permitan la posibilidad de innovar.

Referencias Bibliográficas

- Badinter, E. (1993). *XY, la identidad masculina*. Madrid: Alianza editorial.
- Barry, K., 1987. *Esclavitud sexual de la mujer*. Barcelona: La Sal.
- Barzani, C. (2014) Orgía de consumo. Pornografía, pospornografía y consumismo. *Revista Topía*. Buenos Aires: Topía Editorial, Noviembre 2014.
- Baudrillard, J. (1994). *Videoculturas de fin de siglo*. Madrid: Ed. Cátedra.
- Benjamin, J. (1995) *Los lazos de amor*. Buenos Aires: Paidós.
- Burin, M. y Meler, I. (2000). *Varones. Género y subjetividad masculina*. Buenos Aires: Paidós.
- Córdoba, MG. (2020). *Ser varón en tiempos feministas. Entre el conflicto y el cambio*. Buenos Aires: Noveduc.
- Córdoba, MG. & Ibarra Casals, D. (2020). ¿Varones construyendo espacios de Igualdad? Desafíos en contexto de confinamiento (COVID-19). *Revista Punto Género*, (13), pp. 50- 65
- Figari, C. (2008). Placeres a la carta: consumo de pornografía y constitución de géneros. *Revista La Ventana*, Núm. 27 / 2008.
- Flores, A. (2000). *Disfunciones y terapias sexuales*. Montevideo: Editorial AyM.
- Freud, S. (1892). *Proyecto de una psicología para neurólogos*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (1905) *Tres ensayos para una teoría sexual*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (1912). *Sobre un tipo de elección de objeto en el hombre. (Contribuciones a la psicología del amor, I)*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (1915). *Pulsiones y destinos de pulsión*. En J. L. Etcheverry (trad.). Madrid: Biblioteca Nueva
- (1921). *Psicología de las masas y análisis del yo*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Han, BC (2014) *La agonía del Eros*. Barcelona: Herder Editorial.
- Ibarra-Casals, D. (2020). Tesis Doctoral. Violencia simbólica masculina en la órbita de la (hetero) sexualidad compartida. Buenos Aires: UCES.
- Jansen, H. (2012). La lógica de la investigación por encuesta cualitativa y su posición en el campo de los métodos de investigación social. *Paradigmas*, 4, 39-72.
- Kaplan, H. (1975). *Manual ilustrado de terapia sexual*. Barcelona: Grijalbo.
- Laplanche, J. y Pontalis, J. (1968) *Diccionario de Psicoanálisis*. Madrid: Paidós.
- Leite Jr, J. (2012) Labirintos conceituais científicos, nativos e mercadológicos: pornografia com pessoas que transitam entre os géneros. *Cadernos Pagu*, N° 38, Campinas, Enero 2012, 99-128.
- Maldavsky, D. (1991). *Procesos y estructuras vinculares*. Buenos Aires: Ed. Nueva Visión
- Masters, W. & Johnson, V. (1966). *Human sexual response*. Boston: Medicine & Healt Science.

- Mejía, E. (2014). La investigación científica. En Ñaupas Paitán, H [et.al.]. *Metodología de la investigación cuantitativa-cualitativa y redacción de la tesis*. Bogotá: Ediciones de la U.
- Meler, I. (2000). El ejercicio de la sexualidad en la postmodernidad. Fantasmas, prácticas y valores. En Meler, I. y Tajer, D. (comp) *Psicoanálisis y género. Debates en el Foro*. Buenos Aires: Lugar editorial.
- (2015). Las huellas eróticas de la subordinación. En Barzani, C. Actualidad de Erotismo y Pornografía. Buenos Aires: Topía Editorial
- Osborne, O. y Guasch, R. (2003). *Sociología de la Sexualidad*. Madrid: Siglo XXI editores.
- Preciado, B. (2010). *Pornotopía: arquitectura y sexualidad en "Playboy" durante la Guerra Fría*. Barcelona: Anagrama.
- Rich, A. (1980). Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana. *DUODA Revista d'Estudis Feministes*, núm 10-1996.
- Sahovaler, J. (1996) *Psicoanálisis de la televisión*. Buenos Aires: Ediciones EL Otro.
- Tokunaga, R. y Kraus, A. (2015). A meta-analysis of pornography consumption and actual acts of sexual aggression in general population studies. *Journal of Communication*, 66 (1): 183-205.
- Wright, P. (2016). Consumption of pornography, perceived peer norms, and condomless sex. *Health Communication*, 31 (8): 954-963.